

LA IGLESIA Y GALILEO

(FRAGMENTO DEL DISCURSO DE S. S. JUAN PABLO II A LA ACADEMIA
PONTIFICIA DE LAS CIENCIAS)

En el centro del debate surgido en torno a Galileo se hallaba una doble cuestión.

La primera es el orden epistemológico, y se refiere a la *hermenéutica bíblica*. A este respecto, conviene destacar dos puntos. Ante todo, como la mayor parte de sus adversarios, Galileo no hizo distinción entre el análisis científico de los fenómenos naturales y la reflexión acerca de la naturaleza, de orden filosófico, que ese análisis por lo general suscita. Por esto mismo, rechazó la sugerencia que se le hizo de presentar como una hipótesis el sistema de Copérnico, hasta que fuera confirmado con pruebas irrefutables. Esa era, por lo demás una exigencia del *método experimental*, de la que él fue el genial iniciador.

Además, en la cultura de esa época por lo general se aceptaba que la representación geocéntrica del mundo concordaba plenamente con la enseñanza de la Biblia, en las que algunas expresiones, tomadas a la letra, parecían constituir afirmaciones de geocentrismo. Así, pues, el problema que se plantearon los teólogos de entonces era el de la compatibilidad del heliocentrismo y la Escritura.

De esa forma, la nueva ciencia, con sus métodos y la libertad de investigación que suponían, obligaba a los teólogos a interrogarse acerca de sus propios criterios de interpretación de la Escritura. La mayoría no supo hacerlo.

Paradójicamente, Galileo, creyente sincero, se mostró en este punto más perspicaz que sus adversarios teólogos. «Aunque la Escritura no puede errar —escribe a Benedetto Castelli—, con todo podría a veces errar, de varias maneras, alguno de sus intérpretes y expositores» (Carta de 21 de diciembre de 1613, publicada en *Edizione nazionale delle Opere di Galileo Galilei*, A. Favaro, 1968, vol. V, pág. 282). Se conoce también su carta a Cristina de Lorena (1615), que es como un pequeño tratado de hermenéutica bíblica (*ib.*, págs. 307-348).

Podemos ya aquí extraer una primera conclusión. La irrup-

ción de una nueva manera de afrontar el estudio de los fenómenos naturales impone un *esclarecimiento del conjunto de las disciplinas del saber*. Y las obliga a delimitar mejor su campo propio, su ángulo de análisis, sus métodos, así como el alcance exacto de sus conclusiones. En otras palabras, esta aparición obliga a cada una de las disciplinas a tomar conciencia más rigurosa de su propia naturaleza.

El viraje provocado por el sistema de Copérnico exigió, así, un esfuerzo de reflexión epistemológica sobre las ciencias bíblicas, esfuerzo que produciría más tarde frutos abundantes en los trabajos exegéticos modernos y que encontró en la constitución conciliar *Dei Verbum* una consagración y un nuevo impulso.

La crisis que acabo de evocar no fue el único factor que tuvo repercusiones en la interpretación de la Biblia. Aquí nos referimos al *segundo aspecto del problema: el aspecto pastoral*.

En virtud de su misión propia, la Iglesia tiene el deber de estar atenta a las incidencias pastorales de su palabra. Conviene aclarar, ante todo, que esta palabra debe corresponder a la verdad. Pero se trata de saber cómo tomar en consideración un dato científico nuevo, cuando parece contradecir alguna verdad de la fe. El juicio pastoral que requería la teoría copernicana era difícil de emitir, en la medida en que el geocentrismo parecía formar parte de la misma enseñanza de la Escritura. Hubiera sido necesario, al mismo tiempo, vencer la forma común de pensar, inventando una pedagogía capaz de iluminar al pueblo de Dios. Digamos, de manera general, que el pastor debe mostrarse dispuesto a una auténtica audacia, evitando un doble escollo: el de la actitud de timidez, y el de un juicio apresurado, pues ambos pueden hacer mucho mal.

Podríamos recordar aquí una crisis análoga a la que acabamos de citar. En el siglo pasado, y a comienzos del nuestro, el progreso de las ciencias históricas permitió adquirir *nuevos conocimientos sobre la Biblia y sobre el ambiente bíblico*. El contexto racionalista en que, por lo común, se presentaban las adquisiciones, pudo hacerla parecer como perjudiciales para la fe cristiana. Algunos, preocupados por defender la fe, pensaron

que había que rechazar conclusiones históricas seriamente fundadas. Se trató de una decisión apresurada y desafortunada. La obra de un pionero como el padre Lagrange supo aportar el discernimiento necesario sobre la base de criterios seguros.

Es preciso repetir aquí lo que ya dije antes. Los teólogos tienen el deber de mantenerse habitualmente informados acerca de las adquisiciones científicas para examinar, cuando el caso lo requiera, si es oportuno o no tomarlas en cuenta en su reflexión a realizar revisiones en su enseñanza.

Si la cultura contemporánea está marcada por una tendencia al cientificismo, el horizonte cultural de la época de Galileo era unitario y llevaba impresa la huella de una formación filosófica particular. Ese carácter unitario de la cultura, que en sí es positivo y deseable aún hoy, fue una de las causas de la condena de Galileo. La mayoría de los teólogos no percibía la *distinción formal entre la sagrada Escritura y su interpretación*, y ello llevó a trasladar indebidamente al campo de la doctrina de la fe una cuestión que de hecho pertenecía a la investigación científica.

En realidad, como ha recordado el cardenal Poupard, Roberto Bellarmino, que había percibido el verdadero alcance del debate, consideraba por su parte que, antes eventuales pruebas científicas de que la tierra gira en torno al sol, se debía «interpretar con una gran circunspección» todo pasaje de la Biblia que pareciera afirmar que la tierra está inmóvil y «mejor decir que no lo comprendemos, en vez de afirmar que lo que se demuestra es falso» (*Carta al padre A. Foscarini*, 12 de abril de 1615; cf. *o. c.*, vol. XII, pág. 172). Antes que él, la misma sabiduría y el mismo respeto hacia la Palabra divina habían inspirado a san Agustín, cuando escribía: «Quien a una razón evidente y segura contrapone la autoridad de la sagrada Escritura da muestras de no comprenderla de modo correcto. No es el sentido genuino de la Escritura lo que opone a la verdad, sino el sentido que él le quiso dar. Lo que opone a la Escritura no es lo que está en ella, sino lo que él ha puesto en ella, creyendo que constituía su sentido» (*Epistula* 143, n. 7; *PL* 33, col. 588).

Hace un siglo, el Papa León XIII se hacía eco de ese consejo en su encíclica *Providentissimus Deus*: «Dado que la verdad no puede de ninguna manera contradecir a la verdad, podemos estar seguros de que un error se ha introducido sea en la interpretación de las palabras sagradas, sea en otro lugar de la discusión» (*Leonis XIII Pont. Max. Acta*, vol. XIII, 1894, pág. 361).

El cardenal Poupard nos ha recordado también que la sentencia del año 1633 no era irrevocable y que el debate, que no había dejado de desarrollarse, se concluyó en 1820 con la concesión del *imprimatur* a la obra del canónigo Settele (cf. Pontificia Academia Scientiarum, *Copernico, Galiei e la Chiesa. Fine della controversia 1820. Gli atti del Sant'Ufficio*, publicado bajo la dirección de W. Brandmüller y E. J. Greipl, Florencia, Olschki, 1922).

A partir del siglo de las luces y hasta nuestros días, el caso de Galileo ha constituido una especie de mito, en el que la imagen de los sucesos que se ha creado estaba muy lejos de la realidad. En esta perspectiva, el caso de Galileo era el símbolo del supuesto rechazo del progreso científico por parte de la Iglesia, o del oscurantismo «dogmático» opuesto a la búsqueda libre de la verdad. Este mito ha desempeñado un papel cultural notable; ha contribuido a infundir en muchos científicos de buena fe la idea de que existe incompatibilidad entre el espíritu de la ciencia y su ética de la investigación, por un lado, y la fe cristiana, por otro. *Una trágica y recíproca incomprensión* ha sido interpretada como el reflejo de una oposición constitutiva entre ciencia y fe. Las aclaraciones aportadas por los estudios históricos recientes nos permiten afirmar que ese doloroso malentendido pertenece ya al pasado.

Del caso de Galileo se puede extraer otra enseñanza que sigue siendo actual con respecto a situaciones análogas que se presentan hoy y pueden presentarse mañana.

En tiempos de Galileo era inconcebible imaginar un mundo que estuviese privado de un punto de referencia físico absoluto. Y como el cosmos entonces conocido, por decir así, se hallaba contenido totalmente en el sistema solar, no se podía situar ese

punto de referencia más que en la tierra o en el sol. Hoy, después de Einstein, y en la perspectiva de la cosmología contemporánea, ninguno de esos dos puntos de referencia reviste la importancia que tenía entonces. Esta observación, como es obvio, no se refiere a la validez de la posición de Galileo en el debate; pero indica que, con frecuencia, por encima de las dos visiones parciales y opuestas, *existe una visión más amplia que las incluye y supera a ambas.*

Otra enseñanza que se saca es el hecho de que las *diversas disciplinas del saber requieren métodos diversos.* Galileo, que fue quien inventó prácticamente el método experimental, había comprendido, gracias a su intuición de físico genial y apoyándose en diversos argumentos, por qué sólo el sol podía desempeñar la función de centro del mundo, tal como entonces se conocía, es decir, como sistema planetario. El error de los teólogos de entonces, cuando sostenían que el centro era la tierra, consistió en pensar que nuestro conocimiento de la estructura del mundo físico, en cierta manera, venía impuesto por el sentido literal de la sagrada Escritura. Pero es necesario recordar la célebre afirmación atribuida a Baronio: «*Spiritui Sancto mentem fuisse nos docere quomodo ad coelum eatur, non quomodo coelum gradiatur*». En realidad, la Escritura no se ocupa de detalles del mundo físico, cuyo conocimiento está confiado a la experiencia y los razonamientos humanos. Existen dos campos del saber: el que tiene su fuente en la Revelación y el que la razón puede descubrir con sus solas fuerzas. A este último pertenecen las ciencias experimentales y la filosofía. La distinción entre los dos campos del saber no debe entenderse como una oposición. Los dos sectores no son totalmente extraños el uno al otro, sino que tienen puntos de encuentro. La metodología propia de cada uno permite poner de manifiesto aspectos diversos de la realidad.